

CÁTEDRA DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

EL FENÓMENO TRUMP

1.- Trump: campaña, elecciones y gobierno

Las últimas elecciones de Estados Unidos han dado la presidencia a Donald Trump. Ha sido la primera vez que un candidato alcanza la presidencia de EEUU sin la nominación y apoyo inicial de su partido. Aunque ha logrado convencer a los ciudadanos estadounidenses, especialmente a la América profunda, blanca, rural y menos formada, es un *outsider* político, un hombre que no pertenece al *establishment* que tendrá que asegurarse unas relaciones fluidas y seguras con el Partido Republicano que ostenta mayoría en las dos Cámaras legislativas.

Sabedor de la admiración estadounidense por los ganadores y oscureciendo el origen familiar de su fortuna, se presentó como un *selfmade man* de éxito, logrando una imagen propia, no convencional y políticamente incorrecta. A esta imagen se ha asociado otra, no menos incisiva, de hombre temperamental e imprevisible, lo que ha generado sobre su posible mandato amplias dosis de incertidumbre.

Desde estas premisas, no era de extrañar que la campaña electoral haya sido dura y muy incierta hasta el final, con importantes interferencias internas (FBI) y externas, (Rusia), junto a amenazas judiciales recíprocas entre los dos candidatos finales (posibles procesos de delitos sexuales contra Trump; anuncio de un fiscal para inculpar a Clinton por manejo ilegal de correos oficiales).

Donald Trump tuvo en su contra todos los grandes medios escritos y audiovisuales de Norteamérica, sin embargo, supo hábilmente reencauzar a la opinión en su favor, aprovechando, sin duda, su experiencia en *reality shows* durante más de una década y el uso sistemático de los medios sociales. Su incorrección política y su talante agresivo atraían y ampliaban incesantemente la audiencia.

Así, durante la campaña electoral, además del anuncio de llevar a juicio Hillary Clinton, defendió la construcción de un muro frente a México, la deportación de millones de emigrantes, la denegación de acceso a musulmanes a EEUU, la aniquilación y la tortura de yihadistas. Igualmente prometió desvincularse de todos los grandes acuerdos comerciales de EEUU con el resto de las regiones del mundo, cuestionar el papel de Washington en la OTAN, reducir la cooperación en defensa con Japón y Corea del Sur...y reiteró con insistencia que EEUU necesita volver a la prioridad de sus intereses domésticos y alejarse cualquier escenario externo que no fuera en su propio beneficio directo.

Su victoria electoral, resultado del sistema americano de mayoría de delegados, no se ha visto correspondida por la mayoría popular, reflejando la enorme diferencia de votos a favor de H. Clinton (casi 3 millones) y la división social que afloró en las

manifestaciones postelectorales. Las denuncias oficiales sobre la intervención rusa contra H. Clinton y a favor de Trump proyectan otra sombra adicional, de distinta naturaleza, sobre la nitidez de la campaña y de los resultados.

Durante el período postelectoral, Trump pareció adoptar una postura, si no menos ambigua, algo más matizada en algunos asuntos: muro con México, repatriación de ilegales, renuncia a procesar a H. Clinton, reconsideración de algunos aspectos de la reforma sanitaria...que crearon algunas esperanzas de flexibilización en los aspectos más duros de su programa.

Frente a ciertos titubeos iniciales de procedimiento no hubo, sin embargo, ambigüedad respecto a los fines buscados en el perfil de los elegidos para su Gobierno: ideólogos reaccionarios (S. Bannon, J. Sessions), número inusual de militares (J. Mattis, M.T Flynn, J. Kelly); multimillonarios y empresarios de éxito (W. Roos, S. Mnuchin, R. Tillerson) y varios lobbystas (S. Pruitt). También tanteó y eligió a políticos conservadores antiguos oponentes (:M. Romney, B. Carson).

2.- ¿Continuidad matizada o cambio brusco de dirección?

No resulta fácil adivinar qué dirección tomará definitivamente la presidencia de Trump en los próximos 4 años. El acceso al poder de un *outsider*, desvinculado del programa, de la tradición, del estilo y de la disciplina mínima de partido, dificulta la previsibilidad más inmediata. De otro lado, lo impredecible del personaje, el carácter basculante de sus promesas y la impregnación populista de su lenguaje dificultan las predicciones.

Es cierto, en primer lugar, que existen controles internos que atemperan a los gobiernos estadounidenses. No solo la separación de poderes en el Estado, sino también la sociedad civil, a través de empresas, organizaciones y grupos de acción y presión, mitigan la acción del Gobierno. Pero no es menos cierto que la inusual mayoría republicana en las dos Cámaras, la prerrogativa de nombrar jueces y la coyuntura de contar con mayoría también en el Supremo, así como los amplios poderes del Presidente en política exterior y, sobre todo, de seguridad pueden disminuir la eficacia de los controles políticos institucionales.

En segundo lugar, se ha invocado en favor de la estabilidad el engarce económico estadounidense (el 25% del PIB mundial) con la economía global. No es anecdótico que el actual sistema económico mundial (FMI, Banco Mundial, OMC) haya sido creación de EEUU. Tampoco parece fácil que éste pueda desvincularse del denso entramado institucional, industrial y comercial que ha contribuido a crear y sostener y del que forma parte indisoluble. Sin embargo, reiterados pronunciamientos públicos de Trump apuntan a una desviación importante en el papel de EEUU en la economía mundial, a un abandono de los grandes acuerdos económicos regionales y a una querencia hacia el aislacionismo económico y el proteccionismo comercial.

Un tercer factor, la vigorosa arquitectura de seguridad y defensa, creada y liderada por EEUU, se ha interpretado como garantía de estabilidad y continuidad. La red de alianzas bilaterales y de acuerdos multilaterales de EEUU supera en términos

históricos a la de cualquier otra gran potencia mundial. No parecería fácil que Trump pueda romper simultáneamente sus compromisos en las diversas zonas del mundo. Sin embargo, declaraciones de Trump sobre la voluntad de reducir o condicionar los compromisos militares de EEUU con sus aliados en la OTAN, su indiferencia hacia la UE y el aprecio mostrado al Brexit, un probable giro hacia Rusia, una posible mayor atención a Taiwan frente a China, junto a un eventual distanciamiento defensivo respecto de Japón y Corea del Sur en el Sudeste Asiático proyectan incertidumbres sobre el futuro más inmediato de las alianzas estratégicas actuales.

Finalmente, el elemento posiblemente más determinante para tratar de intuir la dirección política y el estilo de gobierno de Donald Trump, además de sus propias declaraciones y talante, es el perfil de las personas elegidas para poner en práctica su proyecto presidencial. Sin embargo, tampoco esto resulta del todo determinante, dada la reputada profesionalidad individual de varios de ellos, reconocible en su relativo distanciamiento de las posiciones más extremas de Trump durante sus audiencias en el Senado.

Quedan, así, abiertos todos los interrogantes sobre la dirección que tomará el gobierno de Trump y la política de EEUU, pero cuanto más se acerca el candidato electo a la asunción de sus funciones presidenciales, más se incrementan los temores.

3.- Los grandes temas

A - **Política Exterior.**- EEUU ha sido el artífice principal del orden que ha gobernado el mundo occidental desde la II-GM hasta nuestros días, ejerciendo Washington el liderazgo indiscutido de este orden basado principalmente en los valores de la democracia representativa, la economía de libre mercado y libre comercio y un sistema de seguridad colectiva.

Tras la desaparición de la Guerra Fría y la aparición de nuevas potencias emergentes, EEUU ha debido ajustar su hegemonía al nuevo orden naciente de la globalidad multipolar.

Obama, asumiendo los desastres de un intervencionismo excesivo de Bush en el ámbito militar, inició un retraimiento en el ejercicio político y militar del liderazgo americano que ahora, con Trump en la presidencia, podría exacerbarse hasta convertir el retraimiento en aislacionismo puro y duro y en todos los ámbitos: político, económico, militar y cultural, sin que aparezcan elementos con los que llenar el vacío que pueda dejar tras sí el aislacionismo en la esfera internacional, salvo que este vacío llegara a llenarse con el cambio de dirección que reflejan las manifestaciones de deferencia y simpatía -cuando no de admiración- por caudillos y líderes antidemocráticos como Putin, Erdogan, Chávez o el filipino Rodrigo Duterte.

B.- **Seguridad colectiva.** Todos convienen que en nuestros días la principal amenaza es la violencia yihadista. Trump, más allá de algunas vagas consideraciones sobre el yihadismo ("*sólo está empeorando*"), ampulosas declaraciones sobre terroristas (*hay que borrarlos de la faz de la tierra con todos los socios que amen la*

libertad) y alguna propuesta genérica (endurecer los bombardeos contra ISIS (“*Bombing the hell*” out of ISIS) o reorientar la OTAN hacia el terrorismo (como si ya no lo hiciera), no ha esbozado un plan mínimo contra el yihadismo. Como consejo preventivo ha defendido el uso de llevar armas, como medida general la prohibición de entrada de musulmanes y el espionaje sobre los que viven en el país y como técnica disuasoria/punitiva el *waterboarding* (intento simulado de ahogo), método de tortura ilegal. Su orientación empresarial le llevó, sin embargo, a decir para luchar contra ISIS que “*con botas sobre el terreno*” (aludiendo a los *peshmergas*) habría que tomar “*el crudo para traerlo a nuestro país*”. Así se cortaría su renta petrolera. Algo parecido habría que hacer con su dinero que circula por los bancos, proveniente de donaciones a los yihadistas (“*de Arabia Saudita y otros lugares*”). Estas vagas y poco originales generalidades, eludiendo siempre el cómo proceder, inclinan a pensar que la lucha contra el yihadismo no ocupa un lugar central de ningún plan seriamente elaborado hasta ahora por Trump.

Probablemente, la parte más llamativa de sus propuestas sobre seguridad es la de que los socios deben pagar más por ella para reducir el gasto de EEUU, propuesta que afecta de modo particular a la OTAN. Así, Trump ha sugerido que EEUU relativice su papel tutelar en la defensa de Europa para condicionarlo o ajustarlo al nivel de la contribución económica de los aliados.

Mensaje muy similar al enviado a los aliados asiáticos Japón y Corea del Sur, en el sentido de que deben velar por su propia seguridad con los medios a su alcance, incluidas las armas nucleares, si necesario.

C.- Libre Comercio.- Ya se ha señalado el papel fundante de EEUU en el actual orden económico mundial. Sin embargo, tras la elección de Trump hay que asumir que EEUU no sólo va a renunciar al rol central de líder del sistema económico mundial, sino que va a constituirse en paladín de la lucha contra el libre comercio. Trump ha anunciado su voluntad de: a) renegociar y, en su caso, abandonar el *Tratado de Libre Comercio de América del Norte* con Canadá y México; b) no ratificar el *Trans Pacific Partnership* (TTP) con 11 países del Pacífico y c) no continuar con la *Asociación Transatlántica de Comercio e Inversiones* con Europa (TTIP/ATCI) En lugar de estos grandes acuerdos, “*negociaremos acuerdos comerciales bilaterales justos que devuelvan los empleos industriales a las orillas de América*”. Así, lejos del liderazgo promotor del libre comercio, Trump, al renunciar a los grandes Acuerdos comerciales con las tres áreas geográficas económicamente más importantes del planeta, como Norteamérica, Asia y Europa, junto al anuncio de posibles imposiciones arancelarias a China, se presenta como campeón del nuevo orden contrario a la globalización y al libre comercio y favorecedor del proteccionismo comercial y arancelario.

D.- Valores sociales.- EEUU, como líder del llamado Mundo Occidental, ha contribuido a la promoción de valores asociados a la convivencia política y al desarrollo económico.

Entre los primeros, la tolerancia y el respeto a la igualdad y la dignidad humana, junto a los derechos individuales y de las minorías, constituyen las referencias

emblemáticas del mundo occidental, como Angela Merkel le ha recordado – y es significativo que se lo tuviera que recordar– a quien va a presidir la mayor y más antigua democracia del mundo. Trump, sin embargo, no ha escatimado elogios a líderes antidemocráticos como Putin, Erdogan o Sissi.

La falta de respeto exhibida durante la campaña hacia los mejicanos, por ejemplo, acusándolos de delincuentes por el simple hecho de ser mejicanos, o hacia los musulmanes, asimilándolos sin distinción a terroristas criminales, prometiendo prohibir su entrada en el país, la propuesta de expulsión masiva de inmigrantes ilegales, la desconsideración hacia las minorías, el desprecio a la libertad de expresión, la burla a un periodista discapacitado, sus referencias a la tortura, además de actitudes insultantemente machistas y misógenas etc...hacen temer la instauración permisiva de valores y comportamientos xenófobos y discriminatorios en la práctica política del nuevo gobierno, una temida posibilidad contra la que Obama ha prometido enfrentarse tras su salida de la Casa Blanca.

Entre los segundos, aunque tardío, Obama ha asumido un claro liderazgo en la sostenibilidad del desarrollo económico. Así, limitó la producción de carbón para reducir las emisiones de CO₂, impulsó el Acuerdo sobre cambio climático de París y prohibió la explotación petrolífera en las plataformas marinas del Ártico y el Atlántico.

La elección de Trump, negacionista del cambio climático, favorable a los combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas), defensor del fracking y opuesto al Acuerdo de París, genera temor sobre la viabilidad de este Acuerdo y la continuidad de la política adecuada en medio ambiente, sobre todo, tras la designación de numerosos y prominentes negacionistas en la nueva administración desde Myron Ebbel hasta Rex Tillerson, pasando por Rick Perry (Energía), Scott Pruitt (Medio Ambiente) o Ryan Zinke (Interior).

5.- Prioridades geográficas

EEUU, como líder hegemónico mundial, ha tratado de formular y aplicar una política global y coherente con sus responsabilidades. En la medida en que Trump anuncia un retorno prioritario a los intereses nacionales, surge la cuestión de cómo se articularán las relaciones de EEUU con el resto del mundo.

A.- Unión Europea.- Europa ha sido históricamente el principal aliado político, estratégico y comercial de EEUU. Sin embargo, Trump comparte residuos de la vieja percepción anglosajona de que la UE se creó para competir contra EEUU. Por otro lado, su decisión aislacionista le hace refractario a las organizaciones, movimientos y tendencias integracionistas. Esto explicaría su desmesurada simpatía por el Brexit, su pronta visita al Reino Unido, inmediatamente tras la votación, el fulgurante recibimiento a N. Farage, los elogios al héroe del Brexit y al Brexit mismo así como sus críticas a A. Merkel. Por otro lado, a esta orilla del Atlántico, el exaltado regocijo de los partidos xenófobos y euroescépticos, sin excepción, tras la victoria de Trump, revela la sintonía de emociones y lo que Trump puede significar para la UE.

En el plano económico y comercial puede encontrarse un reflejo de esta actitud. El rechazo frontal de Trump a la *Asociación Transatlántica de Comercio e Inversiones* - a diferencia de los titubeos europeos o de cierta flexibilidad de H. Clinton- es una señal clara. Mientras la UE intentaba salvar la simbología transatlántica con un acuerdo similar con Canadá (CETA), Trump manifestó su acelerado interés por firmar acuerdos comerciales con Reino Unido para arroparlo en su Brexit, sin percibir que aquél, aunque necesita y le alaga una vuelta a la relación bilateral especial con EEUU, sigue muy interesado en el ámbito europeo precisamente en los dos aspectos que Trump ha relegado: el libre comercio y la OTAN.

La OTAN es, en el ámbito estratégico y de defensa, la principal y más sólida alianza militar de EEUU y el paraguas protector más importante para la seguridad euroatlántica. La situación del flanco oriental europeo depende de la OTAN y la eficacia de ésta de la posición americana sobre ella. Las reiteradas alusiones críticas de Trump a la OTAN auguran cambios e incertidumbres.

B.- Rusia. Putin critica que la OTAN ha ido expandiendo su influencia económica (acuerdos de integración o asociación), política (impulso a las “*revoluciones de color*”) y militar (escudos hasta las fronteras de Rusia) contrariando el pacto de caballeros entre EEUU y Rusia a la caída de la URSS. Así el Kremlin ha justificado su política en el este europeo como reacción defensiva en interés de las poblaciones rusas y sus aliados políticos ante la desafiante y agresiva expansión occidental. Los aliados OTAN sostienen lo contrario. La guerra civil en Ucrania y la anexión de Crimea son las últimas expresiones del repetido enfrentamiento ideológico y de la confrontación estratégica entre Rusia y Occidente.

Sin embargo, con Trump en la Casa Blanca, una mejora de las relaciones con Rusia es previsible a la vista de lo acontecido en campaña y tras las elecciones: Trump contó con asesores afines a Moscú, generoso en críticas a casi todo y casi todos, no escatimó elogios a Putin y ofreció mejores relaciones con Rusia. En retorno, los servicios secretos del Kremlin, animados también por el propio Trump, piratearon y difundieron correos contra H. Clinton y su jefe de campaña, a través de Wikileaks, para favorecer a aquél. Trump no sólo negó las acusaciones contra Rusia, enfrentándose e insultando a los servicios americanos de inteligencia, sino que nombró Secretario de Estado a uno de los norteamericanos más próximos a Putin. Forzado a reconocer la evidencia de las manipulaciones del Kremlin en la campaña, trató de excusar a Putin y se manifestó favorable a levantar las sanciones a Rusia.

Una nueva alianza con Rusia parece, pues, previsible y, si de un lado, rebajaría la confrontación entre Washington y Moscú, de otro, abriría nuevas incertidumbres e inquietudes en el nordeste europeo.

C.- Asia y Pacífico. Tras las guerras de Corea y Vietnam y la disolución de SEATO, Washington había relegado sus relaciones con Asia, salvo las bilaterales con Japón y Corea del Sur. Nixon y Kissinger se abrieron a China. Obama, con su vinculación al ámbito ASEAN y su propuesta de *Acuerdo de Asociación Transpacífico* (TPP), había

planteado un esquema estratégico y comercial orientado a recuperar la región asiática. Con Trump, surgen de nuevo las incertidumbres sobre el Sudeste asiático y China.

China. En contraste con la admirativa simpatía hacia Putin, las referencias de Trump a China han sido acusatorias y críticas, sobre todo, de carácter económico: robar empleos industriales a EEUU y practicar juego sucio manipulando su divisa, amenazándola con tarifas arancelarias o impuestos. La obsesión económica con China ha oscurecido su enorme relevancia estratégica, política y militar. También ha inculcado a China de fabricar *la farsa* del cambio climático.

Pero, lo más llamativo fue la relevancia dada a Taiwan, interpretándose la conversación telefónica con su Presidenta por unos como descuidado error de principiante inexperto y por otros como posible mensaje anticipatorio de una nueva política hacia “*dos Chinas*”. En tono exculpatorio/inculpatorio típico, Trump aludió a por qué debía pedir permiso para hablar con Taiwan, cuando Pekín no lo pidió a EEUU para devaluar su moneda, gravar los productos americanos o “*construir un masivo complejo militar en medio del Mar del Sur de la China*”.

Trump se está obviamente refiriendo a la creación de 7 islas artificiales, bien dotadas militarmente, para anclar la soberanía que reclama China en el Mar del Sur donde compite con los intereses no sólo de Taiwan, sino de Brunei, Corea del Norte, Filipinas, Japón, Malasia y Vietnam que defienden la libre circulación marítima y aspiran también a los ricos recursos naturales de la zona.

D.- Oriente Medio. Esta zona está sumida en una inmensa catástrofe donde se entrecruza una red de intereses y alianzas de difícil equilibrio que exige una finura diplomática alejada tanto de trazos gruesos como de vagas proclamas. Trump se ha declarado partidario del repliegue norteamericano de Oriente Medio, pero también ha dicho que hay que luchar contra ISIS en coordinación con Rusia, intensificando los bombardeos y privando a los yihadistas de sus fuentes de financiación (petróleo y donaciones).

Siria. La posición de Trump sobre Siria coincide con la de Putin: *Vencer al yihadismo es más importante que derrocar a Asad*. Se abren así los interrogantes de si EEUU va a seguir y cómo liderando realmente la Coalición internacional, si va a continuar apoyando a los grupos rebeldes (Flynn: el yihadismo ha contaminado toda la oposición. Armar grupos opositores es armar al yihadismo), si se va a apoyar en algún grupo (Trump ha mostrado aprecio por los peshmerga “*buenos luchadores*”) o si va a dejar, y hasta dónde, la iniciativa militar y diplomática en Siria en manos de Putin.

Turquía. Trump no se ha recatado en manifestar también su simpatía por Erdogan, otro de los líderes en línea con su propio estilo. En todo caso, la ambigüedad de Turquía hacia la OTAN y su reciente alianza con Rusia debilitan a aquella y refuerzan el liderazgo de Putin en perjuicio de las posiciones mantenidas hasta ahora por los occidentales y replantean la cuestión del apoyo norteamericano a los kurdos.

Irak. Trump ha utilizado la situación de Irak para criticar, a la vez, la invasión americana (miles de millones gastados para generar caos en el país y en la región) y reprochar a Obama una salida demasiado pronta que precipitó que ISIS ocupara el vacío dejado. Pero, ¿cuál es para Trump el momento adecuado de salir cuando se propugna que nunca se debió entrar? ¿Se puede combatir a ISIS donde éste no está o no luchando donde está? La inconsistencia de la posición es clara y abre la importante cuestión de si EEUU seguirá comprometido en la reconstrucción futura de Irak.

Israel. Trump ha demostrado tanta simpatía por Israel como por Rusia, pero con más determinación, decidido incluso en solucionar el problema con Palestina. *“A lot of people tell me...it’s impossible. I have reason to believe I can do it.”*. Ni es Trump el primero que lo pretende ni parece vaya a ser el último por haberlo logrado. Los escollos tradicionales para la paz han sido los refugiados, los territorios y Jerusalem. Ni su concepción sobre los refugiados, en general, ni su reciente empeño por impedir la condena de los asentamientos en la ONU ni su propuesta de convertir Jerusalem en capital del país, refrendada con un Embajador considerado halcón, favorecen la distensión necesaria a la negociación. Al contrario, además de excitar la propaganda yihadista, ni los palestinos ni los países árabes más amigos de EEUU van a mostrarse tan tolerantes como Egipto, sin que baste para contentarlos, su posición contra el Acuerdo Nuclear con Irán.

Irán. La oposición radical al Acuerdo Nuclear con Irán es un punto de coincidencia entre Israel, Trump y el Partido Republicano. No extraña que sea objetivo número uno: *“My number one priority is to dismantle the disastrous deal with Iran”*. Sin embargo, es evidente que Trump no puede desmantelar el acuerdo. Sólo podría retirarse, siguiendo en vigor para el resto de las partes. Las ventajas de esta retirada no serían importantes para EEUU. Los perjuicios serían notables para Washington y para la zona: EEUU se apartaría de las competencias y mecanismos de control, inspección y sanción del Tratado y abriría una brecha con los otros signatarios; perjudicaría en Irán a los moderados, enardecería a los radicales y avivaría el antiamericanismo, con posibles repercusiones en la zona contra intereses de Israel y EEUU.

Arabia Saudita. Ningún país, aparte Israel, celebraría más el desmantelamiento del Acuerdo Nuclear iraní que Arabia Saudita, con una *“larga relación de amistad”* con EEUU como le recordó el Rey a Trump. Sin embargo, no faltan incertidumbres. Trump ha aludido a donaciones sauditas en la financiación del terrorismo. Pero, los saudíes necesitan la protección de EEUU frente a ese mismo terrorismo, ahora condicionada a su propia aportación económica, sin que quede claro si la ingente compra saudí de armamento americano es suficiente. Trump quiere bloquear las importaciones de petróleo, incluidos *“los cárteles petroleros”*, lo que provocó el natural desasosiego y la reacción de Riad.

E.- Iberoamérica.-Las referencias a Iberoamérica han tan sido llamativas como sus omisiones, y ambas lo bastante relevantes como para crear inquietud en una región

que, al calor de la recuperación económica, parecería haber comenzado a generar regímenes políticos más abiertos y favorables a Washington. En esta dirección quiso moverse Obama en sus relaciones con México, su apertura a Cuba, o su apoyo al *Plan Colombia*.

México ha sido el país más provocadoramente citado en los aspectos más peyorativos y amenazantes: *“Cuando México envía a su gente, no envía lo mejor, no los envía a ustedes. Están enviando gente con montones de problemas. Están trayendo drogas, están trayendo crimen, son violadores y algunos asumo que son buenas personas”*. Por ende, la primera medida propuesta fue la construcción de un muro que, además, pagaría México. La segunda, deportar a los indocumentados. Siendo la mayoría de ellos mexicanos, la amenaza, ante la protestas de México, se restringió a los delincuentes. Como los mexicanos habían sido ya calificados de tales, la diferencia era de matiz. La tercera, renegociar o abandonar el *Tratado de Libre Comercio de América del Norte* para impedir la deslocalización de las empresas estadounidenses, amenazándolas con un arancel del 35% en sus importaciones a EEUU. Algunas empresas no han resistido la amenaza, lo que hace muy sombrío el panorama para México. Las remesas de sus emigrantes en EEUU son mayores que las rentas del petróleo y el superávit comercial entre ambos países es muy favorable a México. Trump quiere invertir esta situación, frenando la inmigración, que quita trabajo a los americanos, y cambiando las reglas del juego económico, penalizando a las empresas americanas que crean trabajo en México y no en EEUU.

Cuba. El régimen cubano, icono revolucionario anticapitalista y antiamericano, ha permanecido al margen del proceso democratizador en toda Iberoamérica apoyado por Rusia durante la Guerra Fría y últimamente por el petróleo venezolano. Tras la desaparición de este doble apoyo, de una parte, y el claro fracaso del embargo norteamericano, de otro, Obama abordó el proceso de la normalización con miras al postcastrismo. Trump llega en un momento en que todavía no se ha levantado el embargo comercial, sembrando dudas sobre si lo hará. Las posiciones de Trump sobre Cuba han variado sensiblemente. En 1998, según revelaciones de *Newsweek*, parece que intentó negocios clandestinos con la isla. En la campaña, fue el único de los 17 candidatos que se mostró favorable a la iniciativa de Obama, postura que cambió por razones electoralistas en Florida en atención a los cubanos allí residentes. Trump también se ha opuesto al cierre de Guantánamo. El levantamiento del embargo queda, pues, en las manos de Trump y del partido republicano, no especialmente favorable a ello.

Venezuela. Aunque Trump prometió dureza contra el retroceso democrático en Latinoamérica, en su irrefrenable inclinación por los líderes populistas, se refirió admirativamente también a Hugo Chávez *por su preocupación por el pueblo venezolano*. Sin embargo, la situación venezolana no mereció atención por su parte, a pesar de que podría ser una de la crisis más graves que podría enfrentar Trump en Iberoamérica, si fracasara el proceso auspiciado por el Vaticano y Unasur, no se

resolviera el grave problema humanitario de la escasez de alimentos y medicinas y no se lograra atajar la creciente crispación polarizadora en la sociedad venezolana.

Colombia. A pesar de ser uno de los principales aliados americanos en la región y el que más ayuda ha recibido de Washington, con un Acuerdo de Libre Comercio con EEUU desde 2012, Trump no pronunció el nombre de Colombia. Tampoco se refirió a uno de los asuntos más relevantes en el Continente: el proceso de paz entre el gobierno y las FARC, con implicaciones relevantes, también para EEUU, en asuntos de justicia, extradiciones, narcotráfico y terrorismo. Sin embargo, el apoyo norteamericano es básico, no sólo en términos de compromiso político, sino de cooperación económica. Obama ofreció, dentro del Plan Colombia, 450 millones de \$ que deben de ser aprobados por el Congreso. Así, las dos cuestiones para Colombia son si Trump mantendrá el compromiso Obama, sabiendo la escasa simpatía de los republicanos por el proceso de paz colombiano y si el Acuerdo de Libre Comercio podría correr el mismo sino que Trump ha pronosticado para NAFTA. Colombia es, tras México, el país más vulnerable, dada su gran dependencia respecto a sus exportaciones a EEUU y a las remesas de sus emigrantes allí.

Ni **Argentina y Brasil**, dos grandes de Latinoamérica, ni la situación en **Centroamérica** merecieron atención especial por parte de Trump.

6.- Consideraciones finales

Aislacionismo frente al mundo

En 1823, el Presidente James Monroe declaró *America for the Americans*, abriéndose la primera gran etapa de retraimiento político y diplomático de EEUU respecto del resto del mundo, pero también como principio reivindicativo de la liberación del continente americano de la influencia europea. La doctrina del *Manifest Destiny*, algunos años después, reinterpretó la doctrina Monroe para justificar, ya sin la interferencia europea, la expansión de la influencia de EEUU al Continente Sur. Desde entonces, la política norteamericana ha venido basculando entre el deseo de aislamiento y el ansia expansionista.

La decisiva intervención de EEUU en las dos Guerras mundiales y las exigencias de contención del expansionismo soviético durante la Guerra Fría obligaron a los gobiernos de Washington no sólo a un permanente y activo compromiso de vigilancia y defensa del mundo occidental, sino a asumir su liderazgo político, en favor de la democracia y los Derechos Humanos, y del orden económico, basado en el libre competencia y el libre comercio.

Trump, con su proclama *America first* ha decidido desafiar toda la trayectoria política norteamericana desde el Presidente Wilson hasta nuestros día y recluir de nuevo a EEUU en el aislamiento.

En el plano de los valores democráticos occidentales, Trump ha renunciado a su promoción y defensa, asiéndose, en su discurso populista, a que EEUU no puede servir de modelo para nadie, tratando así de justificar el aislacionismo que pretende “*hacer*

a *América grande de nuevo*”, pero sólo para los americanos, con indiferencia y de espaldas al resto del mundo.

En cuanto al mundo económico, EEUU no sólo renuncia al liderazgo del orden liberal de libre competencia y libre mercado que ha gobernado el mundo occidental hasta hoy, sino que se erige en campeón del proteccionismo industrial y arancelario.

Respecto de la defensa occidental, Trump ha relativizado y condicionado a intereses nacionales sus hasta ahora compromisos estratégicos con aliados históricos.

En resumen, Trump amenaza en convertirse él mismo en la mayor amenaza contra el Orden occidental establecido tras la II GM, con la sorpresa añadida de que la ofensiva proviene, no de los enemigos tradicionales de Occidente, sino del propio Presidente de EEUU, fundador y líder del Orden que ahora se muestra dispuesto a dismantelar.

Bilateralismo versus multilateralismo.

En el proyecto de Trump, el dismantelamiento del orden actual va unido a la voluntad de diluirlo en una red inconexa de relaciones bilaterales, a través de las cuales EEUU podría imponer con más eficacia su poderío hegemónico y defender con más libertad sus intereses nacionales.

El objetivo que pretende Trump tiene unas consecuencias inmediatas: el distanciamiento respecto a las organizaciones y alianzas regionales y el abandono de los grandes acuerdos comerciales. Entre las primeras, la UE y la OTAN; entre los segundos, los acuerdos NAFTA, en América del Norte; TPP con países del Pacífico y TTIP con la UE.

Aunque ha quedado clara la voluntad de retraimiento respecto de las alianzas y los grandes acuerdos regionales, las prioridades en el ámbito bilateral sólo han quedado claras respecto de tres países: Rusia, Reino Unido e Israel.

Respecto a Rusia, Trump la considera su aliada natural y ha dado repetidas señales de querer una estrecha cooperación con Putin frente al terrorismo, que éste, por otro lado, desea ardientemente. Así, el viejo adversario estratégico se convertiría de pronto en nuevo aliado estratégico.

En el caso de Gran Bretaña, la ostentosa prioridad mostrada a este país, tras el Brexit, se orienta a favorecer el modelo de bilateralismo que Trump desea frente a integraciones económicas regionales, como la EU, el modelo más radicalmente opuesto al aislacionismo y el proteccionismo que Trump defiende.

Israel representa otro ejemplo de *renversement de position*, orientado a desarticular el viejo orden de prioridades: *un solo Estado* con capital en Jerusalem frente a la fórmula de los “*dos Estados*”.

Trump también ha establecido prioridades negativas respecto de dos países; China e Irán. En relación a Irán, se anuncia una vuelta a la confrontación, tras la declaración de acabar con el Acuerdo Nuclear. China sería el ejemplo inverso a Israel: la posibilidad de pasar de una política de aceptación de “*una sola China*” a otra posible de “*dos Chinas*”.

La pregunta clave para Europa es cómo afectará la posible política americana de priorizar el bilateralismo y distanciarse de organizaciones y alianzas regionales respecto a las relaciones transatlánticas.

Relaciones transatlánticas. En la medida en la que las relaciones transatlánticas representan, a nivel continental, un mundo intermedio entre lo estrictamente multilateral y lo bilateral, tienen difícil encaje en el esquema de Trump, favorecedor de lo bilateral y reacio a lo multilateral.

Sin embargo, las relaciones entre EEUU y Europa configuran la parte más emblemática de lo que ha venido en denominarse –hasta hoy– Mundo Occidental. Conforme con una tradición presidencial secular, Obama ha sido hasta el final, además de un claro opositor al Brexit, un decidido defensor de las relaciones transatlánticas y de los pilares que las sustentan: la UE, a esta parte del Atlántico, y la OTAN entre ambas orillas del océano.

Trump, en un asombroso cambio de rumbo sin precedentes, ha dado señales de querer debilitar a ambas.

A.- Respecto a la UE, como quedó indicado, ha mostrado indiferencia sobre su existencia, aunque auguró su disolución; ha formulado críticas sobre los errores de sus políticos y sus dirigentes, burócratas sin representación, y expresado desprecio por sus efectos: “*destrozadora*” de identidades nacionales y “*germanizada*” en sus decisiones y formas. En llamativo contraste, ha mostrado entusiasmo y simpatía por el Brexit y no ha escatimado encendidos elogios por su líder, N. Farage.

Como dijo Moscovici, los comentarios y actitudes que critican la unión y elogian la división no contribuyen a reforzar las relaciones transatlánticas.

B.- En lo tocante a la OTAN, el principal instrumento político-militar para la defensa de Occidente y sus valores, creada frente a la amenaza del comunismo y que, a partir de la caída de la URSS, mantuvo como uno de sus objetivos –aunque no único– la contención del expansionismo ruso, Trump se ha mostrado, a la vez, como se ha dicho, falto de compromiso y crítico con la Alianza, condicionando la defensa a la contribución económica de los aliados y criticándola por *obsoleta*, por no dirigir sus objetivos contra el terrorismo, sino contra Rusia, un posible aliado contra el terrorismo.

* * *

A la vista de lo anterior y, en la medida en que los pilares de la Alianza Atlántica pueden verse afectados por una nueva política de Trump, surgen numerosos interrogantes:

En relación a Europa: -a) se mantendrá el reciente despliegue de presencia avanzada en los países del este europeo o se procederá a un repliegue voluntario o negociado? - b) cómo se actuará respecto a las situaciones generadas por hechos militares ya consumados? y - c) qué garantías de seguridad serían necesarias para tranquilizar a aliados o amigos como, por ejemplo, Ucrania, Georgia o los Países Bálticos?

Respecto a la OTAN: -a) mantendrá la OTAN como objetivo la defensa de los principios y valores hasta ahora considerados como básicos de Occidente? –b) cederá el retraimiento americano liderazgo a Rusia en esta “nueva” lucha contra el terrorismo? –c) cómo contendrá una posible OTAN, aliada con Putin, el expansionismo ruso en Europa oriental?

Los dos Brexits. El RU decidió salir de la UE y revivir el viejo sueño de su *splendid isolation*. EEUU ha decidido replegarse sobre sí mismo y volver a su arcaico aislacionismo proteccionista. Para Trump, además, el Brexit es el primer caso “exitoso” de afirmación aislacionista frente al integracionismo europeo que abre el camino a la recuperación ejemplar del bilateralismo especial entre EEUU e Inglaterra. En realidad, son las dos grandes reacciones de temor ante la globalización y de búsqueda de cobijo al calor del proteccionismo, no exento de xenofobia racial ni de egoísmo económico.

Este doble retraimiento, aunque pretende remedar, tras la elección de Trump, el retorno a la plenitud histórica de la antigua *special relationship* entre Inglaterra y Estados Unidos (*Juntos podemos de nuevo liderar el mundo*), es en realidad la negación más rotunda de sus respectivos y comunes logros históricos, cristalizados en lo que hemos llamado- hasta hoy- Mundo Occidental. Si los fundamentos últimos de Occidente se asientan en la filosofía griega, el derecho romano y la religión cristiana, la modernización de estos orígenes, a través de la ciencia empírica, la democracia como *Rule of Law* y los valores éticos asociados a la dignidad humana, está vinculada en gran medida a Inglaterra, de igual modo que su actualización al orden de nuestros días, en términos de orden hegemónico mundial, político, económico y militar, está asociada a EEUU. Por ende, la desvinculación de EEUU y del RU del Orden que ambos países han creado y liderado es un hecho contrahistórico, por más que quiera envolverse en la nostalgia del reencuentro en la vieja fórmula de las “*relaciones especiales*” que ahora no terminan de encajar. ¿Cómo compaginar, por ejemplo, las visiones contrapuestas sobre la OTAN, Rusia, Irán, el cambio climático e incluso el libre comercio que sostienen el RU y Trump?

Este doble repliegue, del RU de Europa y de EEUU del mundo, puede causar un daño irreparable no sólo al Mundo Occidental, sino a los valores que éste representa.

Aunque hechos diferentes en naturaleza y en procesos, el Brexit y Trump tienen, entre otras, una dimensión común: el reflejo en el Mundo Occidental de una profunda contradicción - nunca resuelta- entre intereses y valores. Angela Merkel y Theresa May podrían significar, en el escenario actual, esta divergente distancia. Mientras Theresa May destacaba enfáticamente ante Trump la compartida y “*duradera relación especial basada en el comercio, la seguridad y la defensa*”, Angela Merkel ofrecía cooperación a Trump sobre la base de “*democracia, libertad y respeto al derecho y a la dignidad humana*”.

En sus términos más generales, el Brexit y el programa socio-político de Trump coinciden en anteponer, a veces de forma cruda y desgarradora, los intereses nacionales a los valores de solidaridad y, en muchos casos, de respeto al derecho y a la dignidad, exacerbando actitudes de xenofobia, desprecio y egoísmo económico.

En resumen, si la separación del RU de Europa representa una quiebra, que puede potenciar otras sucesivas, de la UE, y el aislacionismo de Trump un riesgo de ruptura en las relaciones transatlánticas, el efecto conjunto de ambos no sólo amenaza con desmantelar el Mundo Occidental, sino con diluir los principios en los que se ha fundamentado y los valores con los que se ha legitimado.

Relegamiento del liderazgo militar americano? Desde la II GM, EEUU, ha sido el garante de la seguridad de sus aliados occidentales. Sin embargo, declaraciones de Trump apuntan hacia un replanteamiento de este papel. Para Trump, el valor primero de las alianzas debe residir en la seguridad que aportan a América. *America first*. Por ello ha prometido importantes inversiones en el sector industrial de la defensa, incluida la nuclear.

Pero, Trump ha impuesto este mismo criterio a los aliados. Éstos deben proveer a su propia defensa y no pasar el coste de su responsabilidad a la economía americana. Así, el compromiso defensivo de EEUU se ajustaría o estaría condicionado a la contribución efectiva del aliado a su propia defensa antes que a la dimensión de la amenaza.

Trump se ha negado a discutir las implicaciones últimas de esta propuesta.

Hay formas más normales y racionales y menos descarnadas de exigir a los aliados el deber primario de autoprotección y de reclamar, como ya se ha hecho, mayor contribución efectiva. Trump no parece hombre de sutilezas, pero más allá de lo brusco del planteamiento, aparece claro que la economía es el primer valor de referencia que prima sobre la defensa y las alianzas defensivas. Así, para aliviar el gasto americano, ha aconsejado a Corea del Sur y a Japón que se responsabilicen de sus defensas dotándose, si necesario, de armas nucleares. Los varios países amigos en el Sudeste Asiático enfrentados al expansionismo de China esperan de Washington algo más que recomendaciones sobre su propia defensa o críticas al abuso comercial chino.

Dos consecuencias parecen claras en el caso de que EEUU decida no asumir su papel de claro líder estratégico-militar.

Primero, la UE tendría que plantearse de urgencia la verdadera dimensión de su propia defensa, en un momento en que el Brexit y la actitud de Turquía, los mayores ejércitos europeos en la OTAN, proyectan dudas e incertidumbres.

Segundo, el vacío de liderazgo estratégico norteamericano trataría de ser ocupado inmediatamente por Moscú, lo que abriría la rivalidad con Pekín con claros efectos sobre Europa, la OTAN y las relaciones transatlánticas.

El síndrome Putin. Putin lleva tiempo invocando la necesidad de una alianza ruso-norteamericana contra el terrorismo, en la que poder jugar un papel hegemónico en pie de igualdad con EEUU *en el nuevo escenario estratégico internacional*. El terrorismo vendría a substituir a nivel global la amenaza que a nivel occidental representaba el comunismo, permitiendo a Rusia colocarse en el *“lado bueno”* y librarse de la presión occidental de la OTAN. Trump ha declarado interés en esta alianza rusa contra el terrorismo.

Aparece aquí una clara coincidencia de intereses. A nadie, por lo demás, se le oculta el beneficio, mutuo y general, de abandonar una política de confrontación en favor de otra de distensión entre EEUU y Rusia.

Pero esta conjunción de intereses debe hacerse en un plano de equilibrio que se rompería si Trump aceptara, como muchos temen, la agenda internacional de Putin sin condicionantes o con laxitud.

¿Cual es esta agenda en relación a Occidente?

La principal aspiración de la agenda diplomática de Putin es la referida alianza con EEUU para la lucha antiterrorista. Trump, que se ha declarado abiertamente contrario a las alianzas militares ofensivas que comprometan recursos americanos fuera de sus fronteras, se ha mostrado dispuesto a hacer suya la propuesta de Putin en aras de la eficacia.

La aceptación de esta prioridad rusa conlleva necesariamente otra: el debilitamiento de la OTAN, ariete de la expansión político-militar occidental contra Rusia, en interpretación del Kremlin (Dimitri Peskov: *La OTAN es un anacronismo, una organización cuyo objetivo es la confrontación*). Reducir o anular el papel de la OTAN es asunto obsesivamente prioritario en la agenda de Putin. Así, ignorar o soslayar el papel de la Alianza Atlántica, considerándola “*obsoleta*” por no haberse reorientado a la lucha contra el terrorismo, como quiere Putin, y condicionarla al compromiso financiero de los aliados, como dice Trump, equivale a debilitar conceptual, económica y funcionalmente su valor y su eficacia y, en consecuencia, a favorecer la agenda de Putin.

Pero, la OTAN se asienta en los dos pilares atlánticos, de los que el europeo es el más débil, particularmente en este momento. Rusia ha tenido siempre una visión negativa y adversa de la UE, que se ha acrecentado a medida en que ésta ha ido extendiéndose e incorporando a países de la antigua órbita soviética. Por tanto, para Rusia, debilitar a la UE ha sido siempre un objetivo claro, tanto como medio de debilitar a la OTAN como objetivo en sí. La declarada indiferencia de Trump hacia la existencia o supervivencia de la UE, los augurios sobre su desaparición, el apoyo y aliento al Brexit y por derivación hacia los partidos euroescépticos, las críticas a Merkel, representante de una UE “*germanizada*” etc... al tiempo que debilitan a la UE, apoyan la agenda de Putin sobre Europa.

Fuera del ámbito atlántico, Trump y Putin comparten posiciones negacionistas sobre el cambio climático.

Por otro lado, las declaraciones de acritud hacia China, en drástico contraste con la actitud tan complaciente con Rusia, auguran unas futuras relaciones de confrontación con Pekín que favorecen igualmente la agenda de Putin, en la medida en que EEUU va a ayudar a Rusia a relegar el papel hegemónico que pretende la nueva China.

En Oriente Medio, concretamente en Siria, Trump ya ha asumido la agenda rusa tanto respecto a la aceptación del papel de Asad en el futuro del país como en la lucha contra el yihadismo, probablemente cediéndole protagonismo en nombre de una posible cooperación, siempre debilitada por la obsesión aislacionista.

En cualquier caso, el punto más inmediato en la agenda de Putin es el levantamiento de las sanciones impuestas por su aventura expansionista en el este de Europa, tema en el que ya Donald Trump ha mostrado su mejor disposición.

Sólo en el tema de Irán aparecen discrepancias sensibles.

Pero en los asuntos relativos a Occidente, la OTAN y Europa, y en los mundiales como el terrorismo, el medio ambiente y la contención de China, la agenda de Putin ha encontrado un eco favorable en el nuevo Presidente de EEUU. Sólo queda por determinar hasta dónde podrían llegar las concesiones y condiciones a Putin en esta nueva posible alianza con él.

Una visión del mundo impregnada de economicismo. No deja de sorprender que el enfoque adoptado por Trump en los grandes temas y asuntos mayores, tanto de política nacional como internacional, aparezca una última referencia, justificativa o reflexiva, al interés económico.

Ya ha quedado mencionado cómo para Trump, la defensa colectiva entre amigos y aliados frente amenazas ajenas contra valores comunes debe estar sujeta, al margen de un compromiso de lealtad, a la participación en la sostenibilidad económica de la defensa. Si EEUU busca su defensa, la más eficaz y menos costosa es la que se realiza desde el propio territorio. Las alianzas son más costosas porque obligan a realizar gastos en el exterior. Así, la OTAN es para Trump una alianza, además de obsoleta, ineficaz, entre otras razones, porque los socios no están al día en su contribución y EEUU paga demasiado por ella.

En el drama de la emigración, se atenúan o desaparecen los rasgos humanitarios para resaltar, además del peligro social, su carácter de amenaza económica, al robar trabajo a americanos. Por ello, hay que expulsar a los indocumentados y construir un muro en la frontera mexicana, con el gasto –naturalmente- a cuenta del Gobierno mexicano.

En esta misma línea, Trump no se ha privado de criticar a la Canciller alemana, Angela Merkel, por *the very catastrophic error* de acoger a inmigrantes sirios. En su opinión, *en Siria se deberían haber creado desde hace tiempo zonas de seguridad. Esto hubiera resultado más barato. Y tendrían que haberlas pagado los Estados del Golfo que tienen más dinero que nadie.*

En su oposición frontal al Acuerdo Nuclear con Irán, tampoco han faltado las críticas fundamentadas en el criterio económico. Primero, por considerar que las empresas europeas salían más beneficiadas que las americanas. También por su rechazo a devolver a Irán una cantidad que considera desproporcionada (*100 millions – in hundred dollar bills? It's a lot. 1,7billions in cash, Plane loads. Many Planes. Boom. 1.7 billions, I don't understand*).

El factor económico y comercial aparece en una de sus críticas más populistas y pueriles contra la UE: en EEUU circulan muchos Mercedes y en Europa no se ven apenas *Chevrolets*, considerando este hecho una injusticia económica notoria e injustificable que hay que reparar.

También hay motivos para creer que tampoco su radicalismo antiambiental es ajeno, a raíz de algunas declaraciones concretas relacionadas con su experiencia

personal, a consideraciones de prioridad económica, vinculadas a los límites que el respeto al medio ambiente impone a la libre iniciativa empresarial.

En la lucha contra los terroristas, además de una asociación con Putin, que haría a la OTAN, además de eficaz, más barata, es fundamental privarles de sus fuentes de financiación, acotando el terreno de la explotación para apropiarse de su petróleo y traerlo a casa. Algo parecido había que hacer con el dinero de las donaciones a la causa yihadista.

La orientación hacia China aparece marcada por la obsesión mercantilista, prescindiendo de otras consideraciones mucho más trascendentes e importantes de carácter estratégico y global. Así, cuando Corea del Norte anunció que en breve podría disponer de misiles capaces de impactar en EEUU, Trump criticó a Pekín por no contener a Corea con el mismo empeño que pone en la exportación de sus productos a EEUU, asociando instintivamente y sin recato la amenaza nuclear con la desventaja americana en el comercio con China.

Finalmente, la preeminencia de grandes empresarios y financieros en su gobierno es asimismo una clara orientación de su obsesión por la economía y los negocios.

Conceder prioridad a los intereses económicos alejándose del modelo economía social del bienestar, donde pueda conciliarse el beneficio con las exigencias de igualdad y cohesión social y la protección del medio ambiente, conduce a una quiebra en el sistema de valores occidentales y un distanciamiento del modelo europeo.

Trump y la globalización. Trump parece empeñado en una lucha a muerte contra la globalización, un fenómeno que, aunque con claros efectos negativos, ha contribuido, más que ningún otro, a la reducción de la pobreza en el mundo. La deslocalización de empresas, por ejemplo, buscando salarios más bajos fuera de sus fronteras que abaraten la producción, conlleva, además de un incremento de empleo, una transferencia de tecnología hacia países menos desarrollados. Los países más desarrollados, aunque sufran temporalmente riesgos de pérdida de empleo, desinversión y déficit comercial, se benefician de productos más baratos que, a su vez, favorecen el consumo privado y el ahorro público.

Trump, sin embargo, en lugar de intentar corregir los efectos negativos, ha optado por la guerra abierta contra la globalización y contra el principio de la libertad económica en el que aquella se apoya: libertad de movimientos para personas, bienes y capitales.

Trump pretende contener la globalización en sus aspectos migratorios con la construcción de muros. Para frenar la circulación de bienes, servicios y capitales propone sanciones económicas y tasas arancelarias. Es decir, se trataría de impedir, a la vez, la entrada de mano de obra que “robe” puestos de trabajo a los americanos y la salida de capitales y empresas americanas para instalarse en el extranjero. En suma, Trump propone una vuelta al proteccionismo económico más rancio y una lucha abierta contra la libertad económica.

Para ello, en consonancia con su acendrado populismo, propone soluciones demasiado simplistas para un problema extraordinariamente complejo.

En el ámbito de la economía interna, el esquema básico esbozado por Trump para impulsar el desarrollo se centra en una drástica reducción de impuestos, un incremento masivo de la inversión (infraestructuras) y una vuelta intensiva a la producción y consumo de combustibles fósiles.

Este difícil equilibrio de mayores gastos con menores recursos sólo es posible si se puede disponer de altas tasas de ahorro. Lo natural, en una situación de más gasto y menos recursos, es que disminuya el ahorro. Pero, con bajos impuestos, sin mantener el ahorro, es muy difícil sostener ni siquiera a medio plazo una alta inversión. Será necesario acudir capital extranjero. En realidad, los países con alto déficit comercial, como EEUU, necesitan recurrir al préstamo exterior para sostener su inversión. Es posible que la reducción de impuestos y la rentabilidad de algunas inversiones atraigan capital extranjero, pero esto, además de aumentar el ya alto endeudamiento exterior, incrementará el valor del dólar, encarecerá el precio de los productos americanos y terminará reduciendo las exportaciones, objetivo contrario a lo que busca Trump.

Trump achaca a la globalización y, en concreto a la deslocalización de las empresas americanas, por ejemplo, a México, la pérdida de empleo en el sector industrial en EEUU. Sin embargo, como en la mayoría de los países de economía avanzada, el desempleo en el sector industrial está relacionado fundamentalmente con la innovación tecnológica y mucho menos con factores externos como la deslocalización. El sector industrial, a diferencia, por ejemplo, del sector servicios, está sometido a un fuerte proceso de automatización, debido a las altas tasas de inversión empresarial en investigación aplicada y a la fuerte competencia del mercado que fuerzan al incremento de la competitividad con consecuencias negativas para el empleo. Trump intenta curar la herida donde no está la lesión. Lo que se requieren son vigorosas y eficaces medidas de reajuste estructural.

Trump quiere proteger el sector industrial americano imponiendo un alto arancel a los productos de las empresas americanas deslocalizadas cuando pretendan venderse en EEUU, así como a los productos chinos. No está demostrado que la restricción a las importaciones sea la medida más eficaz a medio plazo para reducir el déficit comercial. Las restricciones a la importación extranjera contribuirán, por un lado, a la apreciación del dólar, encareciendo los productos, y, por otra, la falta de competencia exterior podría afectar a la calidad de la producción. Así, los productos para exportar serían más caros y de peor calidad. Además, los países afectados generarán represalias, estableciendo, a su vez, restricciones a la importación de productos de EEUU. Como ocurrió en los tiempos mercantilistas donde, a fuerza de todos querer vender, se terminó en que nadie quería comprar y se acabó con el sistema.

Levantar muros físicos o arancelarios en las fronteras es una peligrosa vuelta a un pasado de fracaso. Obama ha desmentido que no se pueda crear empleo con el libre comercio. El proteccionismo económico no es antídoto eficaz contra la globalización y termina haciendo más pobres a los países porque reduce el comercio, consolida viejas estructuras industriales, frena el impulso innovador, no incrementa el ahorro agregado e impide las necesarias medidas de ajuste ante el inevitable cambio productivo.

Por otro lado, Trump ha centrado su objetivo en el sector secundario, industrial y manufacturero, olvidando el sector terciario o de servicios y las nuevas tecnologías que constituyen el factor más dinámico de la economía y que el que menos necesita de fronteras.

Finalmente, pretender hoy un desarrollo económico no compatible con el medioambiente es tan irracional como hacer de las fronteras la base del crecimiento económico.

Oposición a China y libre comercio. En la década de los 70, Washington y Pekín decidieron restablecer sus relaciones. La condición de Pekín fue la ruptura de relaciones formales con Teipeg. Washington aceptó y desde 1979 ha mantenido sólo relaciones informales con Taiwan, relaciones que no impiden el libre comercio ni excluyen el suministro de armas, pero aseguran a Pekín el reconocimiento oficial norteamericano de “*una China*” aunque con “*dos regímenes*”.

Obama, ante las debilidades económicas y políticas de la UE, impulsó una reorientación hacia Asia, con el doble objetivo de compensar las relaciones transatlánticas con otras transpacíficas y contener el expansionismo chino. Para ello, utilizó el señuelo comercial, impulsando el acuerdo transpacífico *Transpacific Partnership* (TPP) que ya no entrará en vigor por la negativa de Trump a ratificarlo.

Así, Trump amenaza, a la vez, con romper la tradición diplomática de *una China*, mantenida hasta hoy por todos los gobiernos americanos de ambos partidos, desmantelar la reciente iniciativa de Obama del TPP y abrir una guerra arancelaria con China.

a).-Al aceptar relacionarse telefónicamente con la Presidenta de Taiwan, Tsai Ing-wen, Trump arriesgó las relaciones con Pekín. Aunque las autoridades chinas intentaron minimizar el incidente, Trump reaccionó cuestionando directamente, por motivos económicos, el fundamento mismo de la diplomacia americana hacia China. *No entiendo por qué tenemos que estar sujetos al principio de “Una China” si no llegamos a un acuerdo con Pekín que, entre otras cosas, incluya el comercio.* China reaccionó advirtiendo de que, a pesar de que para Trump todo era reductible a economía, había cosas no negociables porque no tienen precio. E inmediatamente puso en marcha unas agresivas maniobras militares, dejando claro que estaba dispuesta a aceptar la confrontación. *Si Washington no renuncia a la política de Dos China, Pekin no tendría que renunciar al empleo de la fuerza para recuperar Taiwan,* comentaba el nacionalista Global Times.

b).- Trump ha decidido denunciar el Acuerdo Transpacífico (TPP), uno de los proyectos más ambiciosos de la década, con 11 países de ambas orillas del Pacífico (Australia, Brunei, Canadá, Chile, Japón, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam) que representan el 40% del PIB mundial. El Acuerdo, orientado a aislar comercialmente a China, además de potenciar el intercambio económico, pretendía una armonización de normas sociales, sanitarias y medioambientales que debían acompañar el comercio. El efecto previsible más inmediato de la retirada americana del PTT, para doble alegría china, es el dejar la iniciativa del importante comercio de la zona en manos de Pekín con su propio proyecto de desarme tarifario

entre las economías de la zona, donde podría imponer, por su dimensión económica, sus reglas, sin duda, menos ambiciosas, convenientes y necesarias, que las del TPP.

c).- La acusación de manipular el yuan ha sido obsesiva durante la campaña y Trump sigue exigiendo a China que deje de manipular su moneda. Sin embargo, esto no es del todo cierto. Es verdad que Pekín disfrutó hasta hace pocos años de un enorme superávit exterior. A pesar de ello, China no devaluó el yuan, aunque intervino para mantener, sin elevaren resumen, el tipo de cambio, comprando dólares de forma masiva. En la última década, sin embargo, el superávit exterior se ha reducido con una importante pérdida de capital y una disminución drástica de las exportaciones. China ya no practica la agresividad que denuncia Trump. Es más, en el momento actual no es que Pekín esté devaluando su moneda, sino que está llevando a cabo un ingente gasto para evitar que se devalúe más y le cree problemas adicionales, económicos y financieros. Por tanto, las nefastas consecuencias que invoca Trump serían mucho mayores si China dejara de intervenir con su moneda.

En resumen, Trump no parece dispuesto a jugar el papel central que le corresponde en el sistema de libre comercio mundial, pero deja el espacio abierto a favor de China que sí parece dispuesta a asumir un mayor protagonismo regional y mundial en este campo. Si, en lugar de ceder, Trump quisiera abrir una guerra comercial con China, ésta podría fácilmente responder deshaciéndose de miles de millones de bonos de EEUU, con enorme daño a la economía norteamericana

Trump se opone a China en función de sus intereses bilaterales, no en nombre del libre comercio, lo que quizás sí pudiera hacer China en un futuro no lejano, si, tras resolver sus dificultades –o para resolverlas- se decide a dar el paso, como ya ha hecho, en cierta forma, con la defensa del medio ambiente.

Trump y la bomba atómica. En uno de sus famosos, pero, sobre todo, enigmáticos twitter, Trump escribió que EEUU debía *“reforzar y expandir enormemente su capacidad nuclear hasta que el mundo entre en razón respecto a las armas nucleares”*. Obama, al comenzar su mandato, proclamó, como se esperaba de un Premio Nobel de la Paz, el objetivo de erradicar las armas nucleares, una de las obligaciones formales que pesa sobre los Cinco Miembros Permanentes del Consejo de Seguridad. En esta dirección, firmó con Putin un acuerdo en 2010 para reducir las cabezas nucleares a algo más de 1.500 en menos de 20 años. Posteriormente, Obama, al tiempo que reducía el número de cabezas, y para no mermar la capacidad nuclear general de EEUU, anunció su intención de incrementar el gasto nuclear.

Putin, a su vez, durante la campaña norteamericana, ante los avances de los escudos de la OTAN hacia sus fronteras, manifestó su voluntad de reforzar la capacidad nuclear estratégica de Rusia con misiles de defensa que pudieran penetrar los escudos de defensa antimisiles actuales o en perspectiva.

Trump, a pesar de haberse declarado enemigo del arma nuclear, no quiso ser menos y declaró poco después que EEUU debía *“reforzar”* (incremento cualitativo) y *“expandir”* (incremento cuantitativo) su capacidad nuclear. A ello añadió un adverbio (*enormemente*) y un condicionante de tiempo indefinido (*hasta que el mundo entre en razón respecto a las armas nucleares*). Estas declaraciones de Trump abrieron el

debate entre especialistas en EEUU sobre si era necesario o no reforzar o expandir la capacidad nuclear norteamericana y la incertidumbre en la opinión pública sobre las intenciones nucleares de Trump.

El tema nuclear se complicó con el anuncio del Gobierno de Piongyang de su disponibilidad a corto plazo de misiles nucleares capaces de alcanzar el territorio de EEUU. Este anuncio pareció aliviar, en cierta forma, a Corea del Sur y a Japón. Si EEUU podía sentir como propia la amenaza norcoreana, podría implicarse más directamente en su contención o en su solución. Trump en un momento de la campaña pensó en un posible diálogo con Kim Jong-un con miras a un eventual acuerdo (*What the hell is wrong with speaking?*). Después consideró a Pekín como un buen posible intermediario (*China can solve that problem for us with one phone call*). Finalmente, se decidió por descartar simple, pero enfáticamente, la amenaza (*It won't happen*) y aconsejar indirectamente a sus aliados de Seúl y Tokio que se armaran nuclearmente.

A partir de ese momento se dispararon las inquietudes, porque no era la única vez que Trump se refería al tema nuclear con frívolo desparpajo. Ya había dicho que si EEUU posee armas nucleares, debería ser el primero en usarlas, sobre todo, contra el llamado Estado Islámico, aunque no sólo. Tampoco se opuso a la eventualidad de arrojar una bomba nuclear en Europa, si necesario. Los países deberían defenderse a sí mismos, dotándose, incluso, de armamento atómico.

Desde la II GM, el principio de no proliferación ha sido una pieza esencial del orden mundial. Trump se dice contrario a las armas nucleares, aunque prefiere declararse "*realista*". Pero, ¿qué valor real tiene para Trump la no proliferación? ¿Cómo habría que entender el Tratado que la impone? ¿La insinuante invitación a dotarse de capacidad nuclear vale para los aliados o también para los enemigos? Si para los aliados, ¿qué sentido tenían las alianzas? Si para los enemigos ¿podría dotarse Irán de armas nucleares? ¿Se empieza a desandar el camino del desarme para volver a la senda del rearme? ¿Justifica la capacidad nuclear la capacidad de usarla?

Una de las prerrogativas del Presidente de los EEUU es la de decidir sobre el uso del arma nuclear. H. Clinton durante la campaña avisó del riesgo de que Trump pudiera acceder al uso de esta prerrogativa.

Equipo de Dirección
Cátedra de Estudios Estratégicos

Madrid, 20 Enero de 2017.